

## Vivir en el maldito trópico



*Vivir en el maldito trópico*  
David Unger  
Plaza y Janés  
México, 2004  
320 p.

Las buenas novelas se escriben de adentro hacia afuera. Y por lo general, representan varias reencarnaciones del autor. Todo aquello que en una persona está fusionado experimenta una mutación apenas el autor empieza a organizar sus experiencias. Vivimos sin cronología. Pero cuando escribimos, debemos catalogar nuestras ideas. La vida que marchaba en tropel debe pasar por el desfiladero de muchos antes y varios después.

Durante los primeros cincuenta años de su vida, el escritor guatemalteco David Unger vivió experiencias para albergar varias vidas. Un latinoamericano muy atípico, Unger llegó a Estados Unidos con su familia cuando tenía cuatro años de edad, y su primera lengua es el inglés. Recién en su adolescencia comenzó a recuperar el español, pero sus

novelas las escribe en inglés y son luego traducidas.

Las múltiples peripecias de Unger se volcaron al principio en cuentos perfectos. Luego, en el año 2001, publicó su primera novela, *Life in the Damn Tropics*, que fue traducida al español por Walter Krochmal con el título de *Vivir en el maldito trópico*.

La novela es la historia de tres hermanos judíos, los Eltaleph, que intentan prosperar en Guatemala a comienzos de la década de los ochenta, en una época de gran convulsión política, en la cual los escuadrones de la muerte son una parte tan indeleble del paisaje como los volcanes. (Los sandinistas llegaron al poder en Nicaragua en 1979. Por esa época, había guerrillas bien establecidas en El Salvador y Guatemala).

Aunque hay muchas maneras de narrar la vida en el maldito trópico, son escasas las alternativas que se le ofrecen al escritor en la época elegida por Unger. Generalmente, la opción es la literatura de denuncia y el panfleto político. (Está además la opción de André Malraux, pero pocos escritores han continuado las huellas de *La condición humana* o de *El tiempo del desprecio*). Afortunadamente, Unger escogió otro camino más riesgoso y estimulante, espoleado por el uso de la primera persona. En este caso, el narrador, Marcos Eltaleph, es una especie de comodín en la familia. Protegido por sus hermanos —si es que está realmente protegido—, trabaja en una empresa que en una época fue muy próspera, pero que empieza a declinar debido a lo que se podría calificar como “clima económico” en un

país con intensa actividad guerrillera y escuadrones de la muerte.

Marcos Eltaleph es un rebelde que no se da buena conciencia. Es como el organizador de voces ajenas que va organizando un gigantesco fresco de la sociedad guatemalteca muy vívido y muy inquietante. Su pasado de *playboy* ha dado paso a un presente en que se enamora de una ex prostituta, Esperanza. En manos de otro escritor, la mujer podría abrir el camino a numerosos clichés, inclusive por su nombre. En las manos de Unger, Esperanza se convierte en uno de los personajes más reales de una novela donde abundan protagonistas muy creíbles.

Las peripecias de Esperanza y Marcos cuando intentan abrir un club que tiene como socio silencioso a un ex coronel del ejército organizan la trama de la novela, y la catapultan hacia un final vertiginoso.

Sin el personaje de Marcos y su narración en primera persona, *Vivir en el maldito trópico* sería una buena novela. Pero la voz de Marcos se encarga de dar calidad inusual al relato. Su sentido del humor, sus ideas del mundo, su lucidez y al mismo tiempo confusión ante la otra novela, la que se despliega ante sus ojos, coloca la escritura bajo una luz muy especial. Marcos es la figura más atractiva, más entrañable de la novela, y una gran creación literaria.

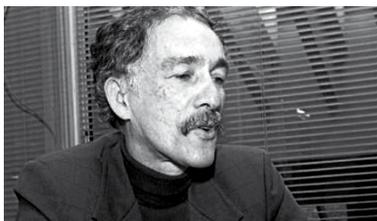
Hay apenas otro texto, el de Consuelo Triviño Anzola, que me causa similar admiración. En su novela *La semilla de la ira*, la escritora colombiana rescata del olvido a José María Vargas Vila insuflándole vida al personaje a

través, nuevamente, del uso de la primera persona.

Marcel Proust decía que un libro bueno no se incorpora a otros libros buenos creando lo que podría considerarse una biblioteca de libros buenos. No, cada libro bueno organiza su propia zona, y su aparición recompone las piezas de ese gigantesco rompecabezas que es la literatura. El libro de Unger, como el de Triviño Anzola, cumple ese propósito. Esos narradores parecen tan apasionados por sus criaturas que empiezan a acatar sus diferentes estados de humor, sus decepciones e intentos de liberación. Y en su periplo no dan tregua al lector. Es como si gozaran agrediéndolo, forzándolo a recalibrar sus preconceptos.

Otro elemento a tener en cuenta es la forma en que ambos narradores manejan el discurso político. Generalmente, resulta difícil dar carnadura a lo que suele ser desprezable retórica. Y, sin embargo, tanto Unger como Triviño Anzola logran pasar esos discursos por el tamiz de la literatura. Una hazaña doble, pues pese a la confrontación ideológica ninguno de los interlocutores se queda con la última palabra. **U**

Mario Szychman (Argentina)



El 14 de marzo de 2013 falleció el reconocido investigador, escritor y habitual colaborador de la revista  
**Carlos Barreiro Ortiz**



## De la belleza y el furor

Propuestas poéticas renovadoras en la década de los sesenta en Venezuela



*De la belleza y el furor*  
 Carmen Virginia Carrillo  
 El otro El mismo  
 Mérida, Venezuela, 2007  
 334 p.

La década de los sesenta supuso el quiebre de prácticamente todos los paradigmas dominantes en el ámbito social de Occidente. El auge contracultural resultaba de las emergentes corrientes de radicalismo utópico, las ideologías de izquierda y el realismo libertario. En el ámbito de la producción cultural, Latinoamérica no solo absorbió aspectos de estas tendencias contestatarias internacionales, sino que fue capaz de integrarlas a un sentido de ruptura y emancipación de rasgos propios. La literatura venezolana, en su transitar estético por tal década, se hizo espejo de ese singular furor de ruptura vanguardista e ideología revolucionaria.

El reciente ensayo de la investigadora Carmen Virginia

Carrillo, *De la belleza y el furor*, se ocupa, desde una laboriosa y original mirada, del fenómeno de la creación poética en Venezuela durante ese periodo histórico —paroxismo moderno del espíritu *rupturista*—. Sin desbordamientos, en una prosa diáfana a la vez que enjundiosa, Carrillo ofrece inicialmente un hilo revisionista y contextualizado del fenómeno; y en el grueso de sus capítulos se concentra en analizar las obras de los artífices más representativos y trascendentales de la creación poética.

Parte relevante para la comprensión de las creaciones poéticas estudiadas, y de sus particulares características, es el contexto sociopolítico en que se produjeron, sus móviles extraliterarios y aquellos idearios culturales a partir de los cuales se constituyeron. La autora hace uso de claves históricas, políticas y socioculturales con el fin de ilustrar los múltiples antecedentes sobre los cuales se levantaron los recorridos de creación poética venezolana. En tal sentido, Carrillo también demuestra el papel clave que desempeñaron grupos artístico-literarios como Sardo, Tabla redonda o El techo de la ballena, y las publicaciones fundadoras de estos, en el debate e impulso de la creación poética. Igualmente, traza originales paralelismos con otras propuestas y grupos de producción poética en Latinoamérica, como los nadaístas en Colombia y los tzántzicos en Ecuador, y con publicaciones como la mexicana *La espiga amotinada* y la argentina *Eco contemporáneo*.

Entre los aspectos más originales del libro habría que

subrayar la forma en que la autora determina tres tendencias principales en el *ars poetica* de los artífices durante la década de estudio, evaluando aspectos formales y temáticos de sus versos. Así, Carrillo define el predominio de tres corrientes poéticas: la de la subversión, la de la fragmentación del yo y la de lo fundacional.

Las obras de Caupolicán Ovalles, Edmundo Aray, Gustavo Pereira y Víctor Valera Mora responden a una poética de subversión, signada, como explica Carrillo, por un heterodoxo pulso que buscaba “aliar la ideología [revolucionaria] a las renovaciones estéticas neovanguardistas”. Los cuatro poetas orientan su escritura, en significativa medida, hacia un propósito animado por lo insurreccional, lo paródico, lo irónico. En muchas instancias, lo político-irreverente se instrumentaliza desde el coloquialismo, lo antirretórico y la antipoesía.

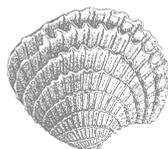
La construcción de mundos alternos consigue posiblemente su más vigorosa articulación poética en las obras de Juan Calzadilla y Francisco Pérez Perdomo. Anticanónica, desmitificadora, dúplice, la poética de la fragmentación del yo, tal como Carrillo la define, reitera la “escisión entre el hombre y el espacio urbano” como espejo de una tensión existencial que se traduce en el continuo desdoblamiento del yo. Se trata, pues, de una poética en diálogo constante y desde la perplejidad con su propia fuente creativa y con la otredad.

Eugenio Montejo y Ramón Palomares mantienen en su obra vínculos evidentes con la tradición poética iberoamericana, y sus respectivas artes dialogan

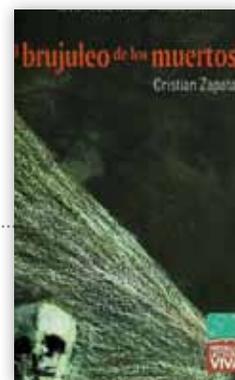
con una realidad circundante te-lúrica, memoriosa. En el caso de Rafael Cadenas, sus versos dialogan de modo más oblicuo con las formas tradicionales, y en su afán por redimensionar lo mítico se nutre de lecturas de diversas tradiciones poético-místicas asiáticas, así como de *iluminados* de la escritura europea y norteamericana. En conjunto, los tres conjugan variantes de una tercera poética, la de lo fundacional. Tendencia creativa, a decir de Carrillo, empeñada en la fundación de lugar, por una parte; y por otra, nominadora de lenguaje.

Cada una de las tres poéticas es explorada desde un aliento tenaz y un ánimo interpretativo tan lúcido como innovador. Además, la autora establece vínculos pertinentes entre los poetas a quienes dedica capítulos completos (los arriba mencionados) y aquellos —la gran mayoría pertenecientes a la misma generación histórica— con cuyas obras dialogan por proximidad o contraste. En su comprensión y análisis de tan particular fenómeno literario, Carrillo vuelve a proyectarse como una de las ensayistas literarias más solventes en el panorama venezolano actual. Su estudio es, qué duda cabe, el más exhaustivo y revelador que se haya escrito sobre la poesía venezolana durante tan convulso trance histórico. ■

Edmundo Bracho (Venezuela)



## El brujuleo de los muertos



*El brujuleo de los muertos*  
Cristian Zapata  
Hombre Nuevo Editores  
Medellín, 2012  
129 p.

Escribir sobre los muertos es tarea difícil. El país mediático nos tiene tan habituados al feo vicio de morirse, a veces de modos tan violentos, que nuestra literatura entra y sale del asunto con desenvoltura. Lo hace Cristian Zapata, en este libro ganador de la Beca de Creación en 2011 (cuento).

Cristian Zapata es un abogado que ha defendido criminales de toda estirpe. Se nota que conoce al país, que lo ha padecido, y eso tiene que reflejarse en su escritura. Además, ha reflexionado sobre los temas fundamentales de la vida.

Ha escrito un libro de cuentos para desembarazarse de seis casos traumáticos. No es un librito dulce para conquistar lectoras jóvenes. El lector optimista verá el lado oscuro de la luna, y mejor haría en seguir de largo. O leer, apenas, “Esperando el palito

del tetris”, su cuento más vital. Pero todos son vitales, porque es vital morir, como les ocurre a los demás personajes, con una excepción.

En el primer párrafo del primer cuento, “Viaje a ciegas”, ya le vuela a uno a la cara la palabra “mierda”. Y la palabra “maricón”. El desenfado de Zapata al escribir, su manera de irrespetar las normas, está al margen de toda etiqueta. Los personajes de este primer cuento son dos negros de Buenaventura que piensan pasar ocho días dentro de un contenedor lleno de banano rumbo a Miami. Morirán. Como en el periodismo (que también Zapata ha practicado), lo interesante es saber cómo.

Pero no todos serán cuentos claustrofóbicos, algo de camaleón tiene este narrador. En el relato “¿Cuánto fue que quedaron?”, mediante una artimaña narrativa se van trenzando ante el lector dos realidades paralelas, la del sicariato (que no se agotará nunca en la literatura de Medellín) y la del fútbol (que tampoco parece en vías de extinguirse). Estos mundos resultan homónimos: ambas cosas son inútiles, rentables incluso. Las vidas paralelas de los simios. Miren que “gol” es palabra con sentido en ambos mundos. Y “puntería”. Y “tiro”. Las “fronteras invisibles” son líneas de cal en la grama. Pero el cuento es un diálogo rápido que no se queda en estas disquisiciones, por supuesto. Aquí hay una reflexión sobre el ser antioqueño, y por eso el cuento se fija.

“Una vida con el muerto”, el tercer cuento, es como las peores pesadillas. Transcurre en un solo acto de zozobra, cuando

un desafortunado motorizado con buenas intenciones tropieza en la autopista nocturna con un cuerpo. Interesante cómo explora aquí Zapata lo que podríamos llamar el *clima de miedo*. Algo sobre lo que todavía habrá mucho qué decir en este país: una cantera para la literatura y el cine negros. Un ambiente corrupto, donde la vida es enajenante y el miedo ha vencido por sobre los demás sentimientos, como una niebla que lo cubre todo. El personaje tiene la mala idea de cargar con el muerto y se ve obligado a darle sepultura. Hay un complejo que asoma como necesidad freudiana de “matar al padre”. Y de paso, da igual, entregarse a la muerte involuntaria.

En “Michelin” hay una voz delirante en un ancianato. Es un cuento un tanto beckettiano. “Y las planicies solo son buenas en la cabeza cuando no tienen musgo”, dice el personaje, que quiere vivir sobre un puente peatonal y dinamitar las escaleras. “Por qué no nos quedamos aquí juntos en este puente peatonal”. El loquito está enamorado. Pero está hecho una ruina: “Lo que viene después de negar el mundo es detestarlo y destruir esa abstracción que queda inerme”. Aquí asoman las lecturas amargas del narrador. Es el cuento donde algo explota al final, pero no lo esperábamos de ese modo, al tiempo que asoma por ahí una rara forma del amor. El relato tiene final trágico, explosión y algunos cuerpos rostizados.

Pero se recobra el aliento y la gracia de estar vivos con el siguiente cuento, “Esperando el palito del tetris”. Por fin, se agradece, un cuento donde los

personajes sobreviven al autor. Es un cuento de cama, ágil, con sexo, con una argentina loca en calzones (le gusta que le arranquen el pelo en los momentos de mayor excitación) y una pelea y un diálogo bastante erudito en torno al donjuanismo. Es el episodio tragicómico de un Don Juan joven, al que se le desenmascara en un corto instante. Contiene, incluso, una lista buena de literatura erótica: “me leyó apartes de *Historia del ojo*, que ella había conseguido. Después se le antojó sentar las nalgas en un plato de leche. Pero yo no tenía leche”. Si hubiese escrito otros cinco cuentos en esa órbita, yo me alegraría de empezar de otro modo esta reseña, recorriendo los lugares comunes de la muerte, muchos de ellos nunca horadados, afortunadamente, para los rumiantes de Tánatos.

En el último cuento hay ya una especie de fantasma. Se llama “Tristeza sin dónde” y es sobre regresar al pueblo natal, después de muchos años, con el temor bien fundado de que no quede nada, pues el tiempo arrasó con todo o casi todo. Reconstruye el pasado. Ir a un pueblo colombiano y no entrar en su iglesia es bastante imposible; pero el recorrido del narrador por su iglesia no cabría en la guía turística, ve al Cristo y recuerda: “una vez soñé con ese Cristo y me dio miedo. Soñé que estaba tirado en el suelo, hablando con esa cara que ninguno cambia. No es solo de dolor [...]. El caso es que en el sueño me decía ‘ime caí, me caí!’ y me sentía culpable porque yo lo había dejado caer”. Una cultura que obliga a sus niños a adorar al “señor Caído” es el colmo del

pesimismo, o, mejor, el trasunto de una condena al servilismo.

Uno espera el muerto, para completar la saga, pero la saga ya estaba completa con los relatos anteriores, y se le acaban los muertos al *Brujuleo de los muertos*. El que sigue es el lector, que puede morir como guste, o seguir fantasmear por la vida, o follando.

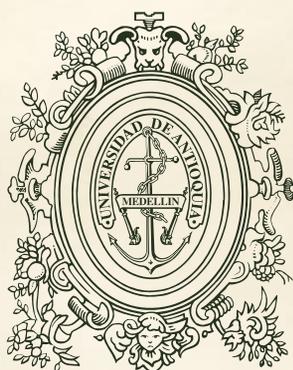
El escenario de la mayoría de estos cuentos de Zapata es oscuro, pero con grandes posibilidades lumínicas, pues el

narrador es lúcido, no es inmaduro, en su inmersión en la oscuridad. Solo dos de sus cuentos no terminan propiamente mal, los demás cierran con cadáver. En el primero, dos cadáveres. En el segundo, dos cadáveres. Más adelante algunos otros cadáveres, con explosión. Pocos lectores dirán que se trata de muertes inverosímiles, o que los diálogos resultan impostados (tienen la vehemencia del lenguaje que usamos en Medellín). Para rozar aquello del “arte verdadero”,

según los maestros del género, faltaría aquello de la tensión: estos cuentos la producen. Como abogado penalista, el autor sabe dosificar su arsenal narrativo, para ir haciendo perder el juicio a sus personajes y, de paso, dejar alguna mella en el del lector.

Y al final, si el arte debe darnos una imagen de nosotros mismos, pues aquí está *El brujuleo de los muertos*, un librito cruel, pero lleno de agudeza. **U**

Mauricio Hoyos (Colombia)



1 8 0 3

# Universidad de Antioquia Patrimonio Público de 210 años

